

LIBROS COLOMBIANOS RAROS Y CURIOSOS

Escribe: IGNACIO RODRIGUEZ GUERRERO

— XV —

URIBE JUAN DE D. (1859-1900). *Lecturas de Montalvo*, 51 x 21. XVI-332 págs. Tip. de la Escuela de Artes y Oficios. Quito, 1898.

En violento contraste con el centón antimontalvista de Pérez y Soto, al que hicimos referencia en el capítulo XIV de estos apuntes acerca de *Libros colombianos raros y curiosos*, Juan de D. Uribe publicó en Quito, en 1898, y en espléndida edición, sus *Lecturas de Montalvo*.

El ejemplar que poseemos lleva esta dedicatoria, de puño y letra del glorioso Indio Uribe: "Al Sr. J. P. Guerrero, de su amigo, J. de D. Uribe. Quito, 23 de Marzo de 1898". El señor José Pablo Guerrero lo transmitió, a su vez, a su hermano D. Manuel Santiago, nuestro abuelo materno, doctísimo bibliófilo que guardaba en su biblioteca particular raros y valiosos ejemplares, de procedencia europea y, particularmente, americana.

De los escritos de Montalvo conocemos varias antologías, entre otras, la que con el título de *Obras Escogidas* publicó en 1948 la ilustre Casa de la Cultura Ecuatoriana, al cuidado de Gonzalo Zaldumbide y de Isaac J. Barrera, y que forma el tomo XIII de la serie *Clásicos Ecuatorianos*, en vía de formación.

Sin que nos ciegue el interés patrio no vacilamos en afirmar, pues ello está a la vista de todo lector, que la selección montalvina de Juan de D. Uribe es, sin comparación, mucho mejor lograda que aquella, no solo por el extraordinario gusto estético de que dio muestras el antologista colombiano, sino porque al lector del gran público a quien va dirigida le da una idea mucho más amplia y completa de las singulares modalidades de Montalvo, prosista, que la que pudiera suministrarle la lectura de las otras selecciones de escritos del publicista ecuatoriano.

La obra se compone de un magnífico Prólogo, suscrito por Juan de D. Uribe, en Quito, el 1º de enero de 1898. Al que siguen dos semblanzas de Montalvo, una tomada del libro *Montalvo y García Moreno*, por Roberto Andrade, y otra debida a la pluma del célebre panfletario y novelista colombiano, J. M. Vargas Vila.

La selección montalvina de Zaldumbide y de Barrera se compone de quince capítulos, extractados de *El Cosmopolita*, *Siete Tratados*, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* y *El Espectador*.

La de Juan de Dios Uribe, en cambio, ostenta admirables páginas, tomadas de aquellas obras y también de *El Regenerador*, las *Catilinarias*, la *Mercurial Eclesiástica* y *Joya Literaria*. Desde luego, el erudito lector contemporáneo echará de menos en esta admirable crestomatía montalvina, que elaboró nuestro compatriota, algunas páginas características del pro-sista, que campean en obras no utilizadas por el compilador, como la *Geometría Moral*, el *Libro de las Pasiones* y las *Páginas Desconocidas*, del genial ambateño. Solo que en abono de Juan de D. Uribe habría que aclarar que no pudo conocer ninguna de estas obras póstumas de Montalvo, por cuanto la *Geometría* se publicó con posterioridad a 1902, fecha de la Carta-Prólogo de D. Juan Valera que se lee en la edición madrileña de 1917; y que los dos últimos libros mencionados vieron la luz en La Habana, como publicaciones de la Revista de la Universidad, con posterioridad a 1935. Material bibliográfico que sí estuvo al alcance de los compiladores de la Biblioteca de *Clásicos Ecuatorianos* y de otra antología española, *La pluma de fuego de Juan Montalvo*, de la colección *Escritores Americanos*, que el editor e impresor V. H. Sanz Calleja publicaba en España, por allá hace alrededor de medio siglo.

El objeto que Juan de D. Uribe se propuso al compilar las *Lecturas de Montalvo* lo expresó, con sobria elegancia, en la viril y castiza prosa, característica del escritor antioqueño:

“Buscamos con el presente volumen la manera de iniciar a los jóvenes latinoamericanos en la lectura de un escritor que auna a su constante afán por el bien de los hombres, el modo más alto de corresponderse con ellos en la lengua castellana; y que posee la inapreciable ventaja de preocuparse en los asuntos de América con el cariño y el interés propios de quien defiende la casa paterna...”.

No era el indio Uribe de ánimo apocado y asustadizo. Ni contemporizaba, aún en materias literarias, con lo que no estaba de acuerdo con su íntimo sentir, de allí el que explicase a los lectores las razones por las cuales incluyó en su selección ciertas páginas montalvinas, que debieron de causar escozor en el ánimo de algunos coetáneos de la publicación referida:

“Obedientes a un plan escrupuloso, no omitimos los capítulos acerbos de Montalvo, por más que se resientan de ello sus enemigos, porque sería despojar al escritor de la parte más bella y noble de su talento, y al hombre público de la porción más recomendable de sus méritos; y se verá también que conservamos lo que menos se acomoda a nuestro criterio personal, pues no somos nosotros los que nos presentamos al público, sino un literato ya célebre con todos los productos múltiples de su inteligencia...”.

No solo por el aspecto de la simple perfección formal de los escritos de Montalvo, sino también por el de su contenido político y filosófico, encontró dificultades el compilador de sus *Lecturas*.

Juan de D. Uribe era racionalista sin concesiones ni debilidades. Montalvo, por su parte, "se deja ir en el aerostático de su fantasía y sin ser un ortodoxo es en ocasiones místico", como lo calificó, con tanta propiedad, el mismo Uribe, en su tremendo y áureo folleto, *En la Fragua*.

Las alternativas en las cuales pusieron al compilador esas circunstancias, las manifiesta el prologuista, cuando advierte:

"De lo escrito por Juan Montalvo cuesta mucho trabajo apartar lo mejor... La dificultad principal consiste en que casi todo es bueno en materia de forma literaria; mas acontece, que por entusiasta que sea el que explora el gran campo del autor, no queda del todo satisfecho al considerar el desarrollo de sus ideas matrices de cierto orden. No es el vaso, es el contenido lo que se pide a los escritores; y en el caso presente, nuestro homenaje al grande hombre está sujeto a rectificaciones de doctrina, que estriban, para abreviar, en adaptarse él, en ocasiones, a lo maravilloso, y nosotros, siempre, a causas y efectos comprobados en la naturaleza".

Con certero juicio valoró Uribe las primordiales excelencias espirituales de Montalvo, que se transparentan, por modo cabal, en sus escritos, en forma que cobra permanente actualidad esta apreciación del estilista antioqueño acerca del polígrafo ecuatoriano, con quien tiene tan sorprendentes puntos de contacto: "Lo que lo caracteriza es su actitud varonil delante de los usurpadores del derecho humano, y lo que en la literatura universal le dará un puesto privilegiado es su gran conocimiento del idioma en que escribe y la nobleza de sus asuntos...".

Parece que la complicación montalvina de Uribe estuvo destinada para libro de lectura de los escolares ecuatorianos, y que en el vecino país se agotó, por completo, la edición respectiva. De ahí la extraordinaria rareza de este libro en Colombia, solo citado por algunos biógrafos del compilador.

Es sorprendente la manera como Juan de D. Uribe llevó a buen suceso la selección de las más hermosas páginas de Montalvo, dándole a la antología una novedad, un interés y una amenidad verdaderamente admirables.

Otro acierto, y no de los menores, en el compilador de este libro, es el que hace referencia con los motes o títulos de los 145 capítulos que lo integran, pues no son, en su mayor parte, de Montalvo, sino de Uribe, puestos de mano maestra para acomodarlos a la índole de los asuntos elegidos por el antologista.

La distribución de los textos montalvinos no puede ser más acertada, prueba inequívoca del exquisito gusto del escritor colombiano.

Se abre el pórtico de las *Lecturas* con la soberbia página que Uribe bautizó: *Retrato de don Juan*. "Francamente que mi cara no es para ir a mostrarla en Nueva York, —escribe— aunque, en mi concepto, no soy zambo ni mulato. Fue mi padre inglés por la blancura, español por la gallardía de su persona física y moral. Mi madre, de buena raza, señora de altas prendas...". En *El Antropófago* (que Uribe no recoge en su

selección), Montalvo había hecho de sus progenitores este tierno elogio: "Mi padre fue bueno, mi madre santa, y mujer tal, que con solo su recuerdo purifica a las madres...".

Política, historia, arte, sociología, crítica literaria, poesía, crónica europeo-americana, etc., campean en estas magníficas *Lecturas de Montalvo*. El compilador no olvidó destacar aquí numerosos fragmentos referentes a personas y cosas de Colombia, desde la repujada página en donde se regodó el estilista describiendo la soberbia belleza avasalladora de Estela Pombo, hasta esas otras donde el poeta proscrito ponderó las maravillas del cielo de Ipiales, el esplendor de la naturaleza del Sur de Colombia, y las virtudes de los pastusos de entonces.

Es memorable la gallarda referencia que de estas comarcas meridionales de la patria y de sus gentes hiciera Montalvo, como puede leerse en este libro: "Entre el Juanambú y el Guáitara se dilata una altiplanicie elevadísima, donde la naturaleza en alegría perpetua está enseñando sus galas al mundo y sonriendo de su propia hermosura. La verde campiña no reconoce términos: cubierta de la grama succulenta, el trébol delicado y mil otras yerbas nutritivas, ofrece querencia para tantos ganados como están hirviendo en las Pampas de Buenos Aires o en los Llanos de Venezuela. El agua abunda: cristalina, inquieta, ora vuela en riachuelos espumosos por entre blancos guijos, ora en arroyos que se cruzan formando mil sonoros laberintos. El calor deletéreo es desconocido, el frío entumecedor no tiene allí cabida. El aire es purísimo, la atmósfera diáfana, la bóveda celeste dilatada y generosa. En este país vive un pueblo que por la rareza de su carácter, por sus virtudes y sus defectos se ha vuelto notable para sus vecinos: este es Pasto, nombrado ya como singular en la historia de Colombia. Si algún pueblo en Sud-América pudiera recordarnos a la antigua Esparta, éste sería sin duda: rasgos hay en sus costumbres, su complexión, que en verdad nos recuerdan a Lacedemonia... Pueblo eminentemente guerrero: en siglo de conquistas, hubiera sido conquistador. Pasto es el Norte, fragua de hombres fuertes: sobrio el pastuso, vigoroso, ni le rinde la fatiga, ni le retrae el miedo... se come distancias enormes cada día, entre pueblos enemigos por fuerza de armas, y por la noche, cuando debiera buscar descanso, toma su tiple o bandolín, y sale al jacareo, haciendo temblar maridos desde la calle, con blandos, expresivos enamoramientos a las mujeres... Cuando se da al trabajo por falta de guerra, el pastuso trabaja como un centauro: sus fuerzas no flaquean jamás, su ánimo está en su punto si la tarea dura veinticuatro horas. Son los cascarilleros de Colombia y el Ecuador: con el machete en la mano, no hay breña para él que no sea camino real: mueren víboras, huyen fieras, caen a sus pies árboles corpulentos. El pastuso es lo que llamamos todo un hombre...". (Págs. 199 y siguientes).

Y no lo es menos su apología de Ipiales, en la cual, luego de una maravillosa descripción de sus fantásticos atardeceres, del espejismo de sus nubes verdes, que él, viajero impenitente, aseguraba no haber visto en ninguna parte del mundo, añade: "Debajo de este cielo la tierra no puede ser mezquina... Todo, todo le da semblante hermoso a este país, en el cual he pasado los cuatro años de mi vida, los más tristes quizás, pero de tristeza ajena de zozobras, disgustos y quebrantos, y una como esas

delicadas afecciones de dolor angélico y alegría incomprensible, que son adminículos indispensables de la poesía del corazón. La gente, suave, hospitalaria como no la podemos hallar en otra parte; el que en cinco años no ha tenido motivo de queja chico ni grande, que se ha visto rodeado de respeto y miramientos, con justicia abriga buena opinión de ese pueblo tan desfigurado en boca de mentirosos, tan calumniado por transeuntes sin gratitud ni benevolencia...".

El amplio ensayo al que estos fragmentos pertenecen, no transcrito en su totalidad en la selección de *Lecturas de Montalvo* que estamos comentando, fue escrito en Ambato, el 12 de enero de 1879, e impreso en Quito, en la Imprenta del doctor Roberto Arias, por J. Mora, el 28 de enero del propio año. Puede leerse en su integridad en el tomo I de *Páginas Desconocidas*, de Montalvo, edición de la Revista de la Universidad de La Habana (1936), páginas 421 a 436.

Merced a una inteligentísima labor de selección, a través de diez o doce densos volúmenes de las prosas de Montalvo, Juan de D. Uribe logró formar un libro antológico en el que si algunos pasajes montalvinos se echan de menos, ninguno inspira menosprecio. Y con estas *Lecturas de Montalvo*, destacando los fragmentos más representativos por el fondo, por la expresión, por la gracia, por la ironía, por la elocuencia, compuso el compilador un manual singularísimo que más que a los *Ensayos* de Montaigne, con los que se le ha comparado, se parece, por su exquisitez y variedad, a la *Sección Constante*, de José Martí, colección de notas y artículos breves, rescatados del olvido por Pedro Grases, el formidable erudito y publicista hispano-venezolano, a quien tanto debe la cultura contemporáneo de su país adoptivo.

En todo caso, solo un consumado hablista, que al propio tiempo hubiese sido un experto conocedor de los clásicos castellanos y de la buena literatura universal, como Juan de Dios Uribe, pudo haber llevado a término, con tan buen suceso, la insuperable compilación montalvina que también es ya, sin duda alguna, una verdadera rareza bibliográfica.